



Jaume Cabré

La telaraña

La telaraña

Jaume
Cabré

Traducción
de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1473

Título original en catalán: *La teranyina*

© Jaume Cabré, 1984, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© De la traducción del catalán, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-233-5579-2
Depósito legal: B. 13.342-2018
Impreso por Limpergraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Las campanadas de la iglesia arciprestal de Feixes doblaron dong, y después dung, fatigosamente, como siempre que querían recordar la muerte; el sonido opaco y férreo rebotó en las nubes espesas y revueltas que planeaban sobre la ciudad, chocó después contra las paredes de las casas y se coló por la rendija del balcón mal cerrado de la casa de los Rigau, el del salón principal, que estaba lleno de gente que charlaba en voz baja con un ojo puesto en la conversación y el otro en la habitación de al lado, la de la luz tenue. Adela oyó las campanadas, pero no les prestó atención. Miraba a su abuelo muerto, esa inmovilidad exasperante, y pensaba. Oía el zumbido de la gente del salón: gente encopetada, de barba tupida y voz grave, que estaba allí porque el muerto era el insigne Francesc Rigau, medalla de oro de la ciudad, patrio de renombre, fundador de un pequeño imperio de la pana.

De vez en cuando alguien se asomaba un momento a la habitación y salía después discretamente. La niña oyó un rumor monótono a través de la pa-

red y supuso que debían de haber empezado a rezar el rosario en alguna parte de la casa. Prefería estar allí sola para despedirse de su abuelo y porque tenía los ojos húmedos y no llevaba otro pañuelo.

El señor Julià Rigau hacía juego con el salón: su actitud, que quería ser de distanciamiento, cuadraba con la de los ilustres retratos de la pared de la chimenea. Los espejos entelados y mal enfocados de las atormentadas cornucopias reflejaban su pelo entrecano y la vena del cuello, que se le hinchaba cuando se le metía algo en la cabeza. Cruzó la sala renqueando, a pasos desacompasados, tropezó con un sillón que normalmente no estaba allí, pero que, debido al desconcierto de la muerte, había ido a parar debajo de la estantería de las figuritas de su hermana. El señor Julià Rigau acababa de cortar una conversación muy conveniente con el señor Serradell —competencia peligrosa, mala leche, mucha influencia— porque, al ver entrar al señor Gavaldà, salió a su encuentro a toda prisa. La muerte del hermano mayor había dejado una decisión crucial en el aire y era preciso tomarla. Recibió el pésame de Gavaldà con una expresión de tristeza, dispuesto a controlarlo férreamente todo el tiempo que se alargara el velatorio. Lo acompañó a visitar al cadáver; ni medio minuto. En un rincón de la sala le ofreció ratafía y el señor Gavaldà la rechazó tocándose el estómago con la palma de la mano y poniendo cara de mártir.

—Huelga decir, Gavaldà, que la vida sigue su curso a pesar de todo... —discurseaba Rigau.

—Sí, señor Rigau: confío plenamente en usted,

sin reservas —dijo, y se colocó unos quevedos para contemplar sus palabras.

Era una declaración de principios. El hombre de confianza de Francesc sería ahora su hombre de confianza. Aprovechando que en ese momento nadie lo saludaba, el señor Rigau prosiguió con estas premisas.

—Resulta que precisamente ayer, poco antes de irse a la cama, le hicieron una propuesta al pobre Francesc. Creo que la habría dejado en vía muerta, pero yo no. Esperan una respuesta con urgencia, ¿comprende? El viernes, como muy tarde, habría que decirles que sí.

—El viernes es mañana.

El señor Rigau se tragó la sorpresa e improvisó:

—Por eso se lo digo: tenemos que hablar hoy, Gavaldà.

—¿Hoy? ¿Cómo?

—Aquí mismo, no queda otro remedio.

El señor Gavaldà aceptó, extrañado, y el señor Rigau, antes de soltar la confidencia, puso en su conocimiento que era conveniente ir a lo seguro en la reunión para evitar conflictos con quien ya sabía él. Gavaldà le aseguró que podía contar con Serra siempre y cuando el proyecto no fuera —sonrió— disparatado. Se quitó los quevedos para oír mejor la misteriosa propuesta.

Julià Rigau se lo contó a grandes rasgos, con cierta inquietud, porque ya era el momento de despedir a los que se iban, pero satisfecho de tener a ese hombre de su parte.

No fue posible hablar con tranquilidad, porque, aparte del señor Sucarrats, del que se deshizo sin miramientos, llegó también el señor Arcadi Costa, una fiera peor que Serradell a la que había que tratar con total precaución.

—Todos lamentamos esta muerte, Rigau. —El señor Costa le dio unos golpecitos en el hombro gesticulando con seguridad y dominio de la situación—. Era un maestro, se lo aseguro.

Julià Rigau, compungido y sonriente a un tiempo, hubo de soportar las alabanzas póstumas de un cuervo despiadado como Costa para con otra fiera, su hermano, que ahora, en virtud de la muerte, se había convertido en una persona bondadosa y digna de recordar con añoranza.

Las conversaciones de los distintos grupos iban derivando inevitablemente hacia la situación general, las escaramuzas con los moros, la posibilidad de una guerra, la inexplicable ley Linares de movilización de reservistas y el calor que hace aquí. Y, si se acercaba algún familiar de don Francesc, hacían una inclinación de cabeza, sonreían con tristeza y seguían hablando de pero qué se nos habrá perdido a nosotros en África.

Doña Mercè Rigau, a pesar de la tristeza, consideraba que la fiesta estaba quedando muy lucida. Enarcó las cejas, tirantes, como siempre que pensaba. Quería estar pendiente de todo, porque sabía que mucha gente a la que jamás se le habría ocurrido invitar a casa siempre aprovechaba esa clase de ocasiones para colarse por la puerta abierta y meter las na-

rices impunemente. Así es la muerte, y era necesario que todo estuviera arreglado y en su sitio, hasta el último detalle, para que no se desataran las malas lenguas. Menos mal que Madrona se había ofrecido enseguida para echarle una mano. Echó un vistazo panorámico al salón y vio al atolondrado de Enric sentado a solas, absorto en cualquier tontería.

El atolondrado de Enric Turmeda tenía acidez de estómago. Hacía un rato que observaba con preocupación el revoloteo del tío Julià alrededor de Galvàdà y estaba seguro de que tramaban algo. Sabía que la muerte de su suegro lo dejaba con una mano delante y otra detrás y se esforzaba en adivinar lo que pasaría. Lo único que tenía en común con los Rigau era su hija. También, quizá, todo lo que sabía del asunto de las Filipinas, que, si se empecinaba, traería cola. Si podía hacerlo sin pillarse los dedos.

El señor Julià Rigau cruzó el salón otra vez y pasó casi rozando a su sobrino. No se miraron. El señor Enric Turmeda se levantó y se dirigió a la habitación del muerto a rescatar a su hija. Estaba cansado y, sobre todo, desorientado. Oyó un rumor de mujeres: estaban rezando el rosario. Al pasar por la puerta del salón echó una mirada al interior: a excepción del servicio, solo había grupos de hombres que hablaban discretamente de cosas muy ajenas a la muerte, como si la casa de los Rigau fuera una prolongación del casino de los señorones. Serradell y Costa, cada uno en un grupo, llevaban el peso de la conversación, como siempre. Se encogió de hombros. No le gustaba esa gente que controlaba la eco-

nomía de la ciudad. Los consideraba unos incompetentes que se movían por inercia, sin sentido de la grandeza de la gestión. El señor Enric Turmeda creía que la función de mandar comportaba, por añadidura, un aspecto estético —elegancia, firmeza, seguridad, dignidad, vista— que era lo que le confería grandeza. Pocos lo intuían. El chapuzas de su tío y la mayoría de sus colegas mandaban como quien excreta. Suspirando, dio media vuelta y entró en la habitación.

—Hija, es hora de irse.

Al volver al salón estuvo a punto de chocar con Gavaldà. Se saludaron con una seca inclinación de cabeza y Gavaldà se olvidó de decirle que lo acompañaba en el sentimiento. Enric Turmeda apretó la mano a su hija y se detuvo al lado de un grupo en el que, al parecer, el tema de conversación era el tontorrón del Miserias y sus demagogias.

—Tío, me llevo a la niña.

—Ah, sí. ¡Hala, hija! —El tío Julià dio un pellizco a Adela en la mejilla y la niña apartó la cabeza—. Vete a despedirte de tu tía. ¡Ah, Enric! Casi se me olvidaba —sin preámbulos—: reunión aquí mismo dentro de media hora. Hemos avisado a todos.

—¿Tanta prisa corre? ¿No podemos esperar a mañana?

—No, es urgentísimo.

—No quiero dejar a la niña sola.

—Como gustes. Si no vienes, después no te quejes.

—Está bien; vendré.

El señor Turmeda, que por nada del mundo se

habría perdido una reunión del consejo, se quedó intrigado y relacionó el aviso con las idas y venidas de su tío y Gavalda.

La niña volvió del cuarto del rosario con un beso de su tía en una mejilla, otro de Madrona en la otra y el eco de un suspiro de conmiseración de las demás señoras en los oídos. Tío Julià los acompañó a la puerta. Enric Turmeda lamentó tener que irse en ese momento. Tenía la sensación de que dejaba el terreno libre al tío y a sus compinches.

—Adiós, tío —se despidió con una naturalidad rebuscadísima.

Empezaba a anochecer. Soler encendió los farolillos de la tartana con cara de aburrimiento.

—A casa, Soler —dijo el señor Turmeda mientras subían al carruaje.

En el trayecto, corto hasta el ridículo, pensó que tal vez no habría sido necesario movilizar a Soler, para dejarlo esperando toda la tarde. Reconoció que solo lo había hecho porque seguro que había un montón de vehículos a la puerta de la casa de los Rigau y no estaba de más llevar también el suyo.

Pero era una jugada inútil. Estaba desanimado. Soñaba con que la riqueza del suegro pasara a manos de su hija. Sin embargo, el testamento se la otorgaba a su tío, que, además de gozar de una salud detestablemente pasable, se desvivía por alejar de Turmeda hasta la última miga del patrimonio familiar.

La estación estaba prácticamente vacía. El humo de la locomotora que resoplaba en un extremo del andén, como desentendiéndose, cargaba el aire de nubes de algodón sucio, pero Mercader no se fijó. Bastante esfuerzo le costaba ya acordarse de todas y cada una de las instrucciones. Apoyado en una columna de las que sostenían la marquesina del andén, había observado sin perder ripio a los pocos pasajeros que se disponían a subir a un vagón. Dio unos pasos a izquierda y derecha en actitud indiferente hasta asegurarse por completo de que no lo habían seguido. Cuando vio salir al jefe de estación con la bandera roja en dirección a la campana se puso en alerta, dispuesto a saltar. Sonaron las campanadas, el tren silbó con impaciencia y el jefe de estación se dirigió al exterior, donde estaba la locomotora. Mercader, que se había apostado cerca de allí, subió a la plataforma del segundo vagón. En ese momento notó el tirón de la puesta en marcha. Pasó de la plataforma al vagón. Curiosamente no había nadie; en el extremo opuesto se adivinaban un par de sombreros. Gente hablando.

Se sentó en el sentido de la marcha, cerca de la puerta. Se frotó la barba y esos pelos ajenos le infundieron una sensación de ridículo, pero le dio tiempo a pensar que daba igual, que nadie lo reconocería con semejante matorral en la cara, así que nadie se reiría de él, ¿no?

Las pocas casas que había a la altura de la vía empezaron a desplazarse hacia atrás. El tren avanzaba arañando el paisaje como si le costara mucho embalarse. Era el momento de dejarse arrullar por el monótono chacachá y de pensar por qué narices lo obligaban a hacer esas cosas precisamente a él; seguramente querrían ponerlo a prueba antes de confiarle empresas más peligrosas.

Estaban ya en pleno trayecto, fuera de la ciudad. Lo único que tenía que hacer era esperar. Esperar a que, antes de llegar a Montcada, se le acercara alguien y le dijera: «Este humo es malo para los pulmones, ¿verdad, maestro?». Y él tenía que responder: «Por eso no fumo, señor». Qué tontería, qué sandez. Y después, seguir esperando hasta recibir instrucciones. ¿Acaso tendría que pasarse la vida recibiendo instrucciones, maldita sea? ¿Quién sería el contacto? ¿Tal vez los dos hombres del fondo del vagón?

La puerta se abrió y el estruendo de las ruedas contra los raíles aumentó. «¡Anda, será este!», se dijo Mercader al tiempo que se enderezaba en el asiento dispuesto a responder por eso no fumo, señor. El tal señor sudaba, era gordito y miró a Mercader con total indiferencia; llevaba una maleta en la

mano izquierda y vestía de gris. Cerró la puerta con estrépito y tomó asiento cerca de él, en el otro lado del pasillo. «¿Por qué no me dirá nada?», se preguntó Mercader con extrañeza. Lo miró de reojo. El señor se puso la cartera encima de las piernas, tapándola con los brazos, y miró distraídamente por la ventanilla, como si los pocos pasajeros del vagón no le interesaran ni pizca.

La puerta se abrió de nuevo. «¿Será este otro?» Pero era el revisor. Mercader hizo el gesto de sacar el billete, pero el hombre pasó de largo. Todavía no quería los billetes. Oyó cerrarse la puerta del fondo, a su espalda, cuando salió el revisor. Con el juego de buscar a la persona y adivinar si era o no era no se había fijado en el paisaje, que se deslizaba con indiferencia y sin esfuerzo al otro lado de la ventanilla. En la siguiente estación entraron dos mujeres por la puerta que dominaba él. El vagón se llenó de risas: «campesinas que vienen o van», pensó. El hombre del otro lado del pasillo seguía absorto en el paisaje. La locomotora exhalaba un aliento espeso y Mercader se alarmó, porque cualquiera que tuviera ganas de charlar podía decirle lo del humo sin mayor intención que hablar del humo, y ¿cómo lo sabría él? Le entraron ganas de encender la pipa, pero se contuvo por si acaso.

Oyó un ruido detrás. Alguien entró por la puerta del fondo. Percibió con toda claridad el chasquido de la maquina taladradora del revisor. Preparó el billete y pensó que, si el contacto era el hombrecillo del otro lado del pasillo, estaría esperando a que pasara el revisor y los dejara tranquilos para empezar a

hablar del humo y toda la pesca. A pesar de los pocos pasajeros que había en el vagón, el revisor avanzaba con mucha calma y se entretuvo charlando un poco con las campesinas. «Las conocerá porque cogen este tren a menudo.» Como no tenía nada que hacer y además el revisor estaba cerca, se entretuvo escuchando lo que decían. Nada, en realidad: «¿Qué ha pasado hoy?», dijeron ellas, y el revisor: «Dicen que la cosa está fatal, sobre todo en Barcelona». «Vaya —se dijo Mercader—, todo el mundo habla de lo mismo. No hay más tema de conversación. Hasta las campesinas estas, aunque a ellas les da igual. Si los rumores son ciertos, en menos de tres días medio mundo cogerá carretera y manta camino de África, quién sabe; por ejemplo, el pobre Ramon, porque a él le va a tocar, como a otros muchos.»

Se pasó la mano por la cara, absorto en estas reflexiones. El revisor llegó a su altura y empezó por el hombrecillo de la maleta. Cogió el billete y se saludaron. Por lo visto el buen señor —seguía sudando, ¿sería el enlace?— era hombre de pocas palabras. Entretanto, Mercader volvió a distraerse pensando en sus cosas. El revisor se dirigió a él.

—Este humo es malo para los pulmones, ¿verdad, maestro?

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? —dijo, enseñándole el billete.

El revisor lo cogió y lo perforó y, al devolvérselo, repitió:

—Este humo es malo para los pulmones, ¿verdad, maestro?

Mercader recogió el billete y lo miró sin terminar de creérselo. Después levantó la vista hacia el revisor, le extrañaba que siguiera a su lado. Reaccionó:

—Por eso; no. Sí: digo que por eso no fumo, maestro. Digo, señor.

Lo dijo un poco demasiado alto y pensó que lo habría oído todo el vagón. El revisor hizo una mueca de preocupación como dando a entender que con algunas personas no se puede ir por la vida. Con un gesto le indicó que saliera a la plataforma.

—Dentro de cinco minutos, ¿estamos?

Mercader asintió; no podía hacer otra cosa. El revisor se fue por la puerta que daba a la plataforma y Mercader esperó un tiempo prudencial antes de levantarse y decir con desgana: me voy a estirar las piernas; comprobó que nadie le prestaba atención, tal vez ni siquiera lo habían oído. Se encogió de hombros y abrió la puerta que daba a la plataforma. El revisor lo esperaba de pie en la otra, la del siguiente vagón. Le indicó que entrara en el vagón y así lo hizo. Al oído, chillando para que lo oyera bien, le dijo:

—En los lavabos de este vagón hay una espuerta: ojo, que pesa. No vuelvas al otro vagón, quédate en este. ¿Entendido?

Dijo que sí con un movimiento de cabeza y el revisor desapareció sin darle tiempo a reaccionar.

En el lavabo se quedó embobado mirando el agujero del retrete por el que se veían pasar las vías inagotablemente. La espuerta estaba en el suelo. La cogió y salió del cubículo con paso vacilante. Entró en

el vagón que le había indicado el revisor. También había poca gente. Se sentó al lado de la puerta y esperó hasta que el tren se detuvo. Estaban en Sabadell. Mercader nunca había ido allí en tren, y lo que es más, solo había cogido el tren tres o cuatro veces, y siempre en el sentido contrario. Salió de la estación mezclado con los demás pasajeros, esperó fuera unos segundos y volvió a entrar. Compró un billete y salió al andén. El tren que lo devolvería a casa ya estaba en la estación, a punto de arrancar. Se subió sin pérdida de tiempo, sin fijarse en si lo seguía alguien. «Y, si llego a perderlo, ¿qué?» El tren arrancó y Mercader seguía sin acordarse de que, antes de sentarse, tenía que comprobar que no lo seguía nadie y que nadie se había fijado en el extraño movimiento de salir de la estación y volver a entrar. La espuerta pesaba lo suyo: «Como me pillen con esto en las manos lo tengo claro, supongo». Pensó en la posibilidad de tirarla a la vía en caso de que las cosas se torcieran.

Tanta precaución y ni siquiera se había tomado la molestia de proceder discretamente al cambiar de tren; estaba tan pendiente de no perderlo que no se había fijado en el hombre del banco del andén que se protegía con un *Brusi* abierto que no leía y que observaba con gran detenimiento sus evoluciones con la espuerta a cuestas. Pero ese hombre no se levantó para coger el tren. Cuando por fin la locomotora arrancó con gemidos de dolor, pasó la página para reforzar el disimulo. «Buen viaje», murmuró entre dientes.